

4321

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

---

---

# EL ESPAÑOLETO

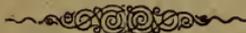
Episodio lírico en un acto y dos cuadros y en verso

ORIGINAL DE

RICARDO VICENTE DEL REY

música del maestro

JOSÉ MARÍA ALVIRA



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

*(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)*

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

—  
1894

2



# EL ESPAÑOLETO

Episodio lírico en un acto y dos cuadros y en verso

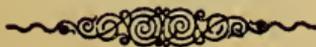
ORIGINAL DE

RICARDO VICENTE DEL REY

música del maestro

JOSÉ MARÍA ALVIRA

Estrenado en el TEATRO ESLAVA, la noche del 12 de Octubre de 1894.



MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1894

## PERSONAJES

## ACTORES

JOSÉ RIBERA.....	SRTA.	ISABEL BRÚ.
ANGELINA.....	»	JOSEFA BRÚ.
MARIETA, (dueña) .....	SRA.	AMALIA SABATER.
EL SARGENTO SANGRÍA.....	SR.	BONIFACIO PINEDO.
PIETRO .....	»	DANIEL BANQUELLS.
EL CONDE.....	»	VALENTÍN GARCÍA.
PIPINO.....	»	MIGUEL TORMO.
MOZA 1. <sup>a</sup> .....	SRTA.	ANTONIA ESPINOSA.

Caballeros, Soldados, Mozos y Mozas.

Coro general.

La escena en Nápoles á fines del siglo XVII.

Derecha é izquierda las del espectador.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

# ACTO ÚNICO

---

## CUADRO PRIMERO

---

La escena figura una parte de la playa Mergelina, en Nápoles.

A la derecha, segundo término, una casa, con un cobertizo sostenido por dos pies derechos, que arranca de la parte superior de la puerta de entrada. Debajo del cobertizo, una mesa y un banco. Algunas redes de pescar colgadas. En primer término derecha, así como á la izquierda, playa; al fondo el mar. Al levantarse el telón, aparecen el Sargento Sangría, Soldados y Mozas. La puerta de la casa está cerrada.

### ESCENA PRIMERA

SANGRÍA; SOLDADOS y MOZAS

#### MUSICA

SOLDS.	¡Viva el donaire de la doncella!
MOZAS.	¡Viva el gracejo del militar!
SOLDS.	¡Vivan las mozas que tienen gracia!
MOZAS.	¡Vivan los mozos que tienen sal!

---

674454

SOLDS.           Vente conmigo  
de cantinera,  
que de mi tercio  
reina serás;  
y yo jurando  
fiel tu bandera,  
por esos ojos  
me haré matar.

MOZAS.           ¡Ay, Dios, qué pena  
si por mi causa  
perdiera un bravo  
su Magestad.  
¡Ay, Dios, qué pena!  
¡Ay, ay, ay, ay!

SOLDS.           ¡Viva el donaire  
de la doncella!

MOZAS.           ¡Viva el gracejo  
del militar!

SOLDS.           ¡Vivan las mozas  
que tienen gracia!

MOZAS.           ¡Vivan los mozos  
que tienen sal!

SANGRIA. (Dirigiéndose hacia la casa.)  
Ea, muchachos,  
de esta bodega  
es necesario  
forzar la puerta.

¡Pipino! (Golpeando la puerta y llamando.)

PIPINO. (Desde dentro.) ¡Manden!

SANGRIA.       *Per la Madona,*  
que ya tenemos  
seca la boca.  
Abre, ó te juro  
por mi tizona,  
que arde tu casa  
como una estopa.

(Abrese la puerta y aparece Pipino con una porción  
de vasos en una bandeja y un jarro.)

## ESCENA II

### DICHOS y PIPINO

- PIPINO. Beban usarcedes cuanto  
tengan de ello menester.  
(Echa vino del jarro en los vasos. Los Soldados beben.)
- SOLDS. ¡Bravo! ¡Mozas, vaya un vino!
- MOZAS. Dios nos libre de beber.
- SOLDS. ¡Vaya un traguito!
- MOZAS. ¡No puede ser!
- SOLDS. Si lo pruebas un poquito,  
luego á miel me va á saber.
- MOZAS. Luego á miel le va á saber.  
(Cada Soldado á una Moza. Las Mozas luego se dirigen á Sangría, que permanece junto á Pipino bebiendo vino.)
- MOZAS. Señor Sargento,  
¡venga una copla!
- SANGRIA. Si me la piden  
las buenas mozas,  
yo á sus deseos  
nunca résisto.  
Conque, muchachas,  
prestad oído.

— . . .

Van marchando los soldados  
de las cajas al compás,  
y las niñas quedan tristes  
sin poderlo remediar.  
Que el soldado que á la guerra  
por el Rey va á pelear,  
siempre lleva de una niña  
el recuerdo... ó algo más.  
Porque hay soldados  
que entienden más,  
que de hacer guardias,  
de enamorar.  
¡Viva la vida  
del militar,  
y la alegría

del rataplán!  
TODOS. Porque hay soldados  
que entienden más... etc., etc.

---

SANGRIA. No os fiéis, niñas bonitas,  
del amor del militar,  
que hace guerra de emboscada  
y en acecho siempre está.  
Y en cuanto ve al enemigo  
en su campo penetrar,  
le aprisiona sin remedio  
y ni el «¡quién vive!» le da.  
Porque hay soldados  
que entienden más... etc., etc.

TODOS. Porque hay soldados  
que entienden más... etc., etc.

---

## HABLADO

MOZA 1.<sup>a</sup> ¡Retebién, señor Sargento!

SANGRIA. ¡Retegracias, mi princesa!  
¡Bendita sea la planta  
que dió esa flor hechicera;  
bendita sea la concha  
que encerró tan rica perla,  
y hasta la sal que te dieron  
al bautizarte en la iglesia!

MOZA 1.<sup>a</sup> ¡Pues no echa más bendiciones  
un obispo!

SANGRIA. ¡Así lo fuera!

MOZA 1.<sup>a</sup> ¿Con esos bigotes?

SANGRIA. Oye,  
con estos bigotes, prenda...  
tengo el corazón más blando  
que el arropo y la jalea;  
y en mirando unos ojillos  
como esos... (Va á abrazarla; ella huye.)

MOZA 1.<sup>a</sup> Las manos quietas,  
que no soy yo campanilla  
de sacristía.

SANGRIA. (Persiguiéndola.) ¡Tontuela,

si ya sé que estás deseando  
que yo los brazos te tienda!

SOLDS. (Con algazara.) ¡Bravo!

MOZA 1.<sup>a</sup> (Escapando de Sangría, y saliendo por la derecha.)

¡A la ermita!

MOZAS. (Siguiéndola.) ¡A la ermita!

SOLDS. Y nosotros, detrás de ellas.

SANGRIA. Pues buen viaje, y divertirse,  
y... sacar lo que se pueda.

(Salen Mozas y Soldados, confundidos unos con otros,  
con gran animación.)

### ESCENA III

#### SANGRÍA y PIPINO

PIPINO. ¿Os quedáis?

SANGRIA. Todo es no más,

Pipino, cuestión de lengua.

Soy de costumbres tranquilas,

y aunque mentira parezca,

prefiero, á una moza, un vaso

del vino de tu bodega.

PIPINO. Y que no se bebe igual  
desde Prócida á Caprera.

Allá va, pues, seor Sargento.

(Se dirige á la mesa de debajo del cobertizo, sobre  
la cual ha dejado el jarro y los vasos, y echa más  
vino.)

SANGRIA. Venga, que los de mi tierra  
no vuelven nunca la espalda  
al vino, ni á la pelea. (Bebe.)

Oye: ¿y qué santo ó qué santa  
es la que aquí se festeja?

PIPINO. Lo ignoráis, y no es extraño,  
porque no sois de esta tierra.

Mas sabed que de la playa

Mergelina, la más bella

de cuantas playas las olas

del mar Tirreno golpean,

es hoy la fiesta, y no habrá

persona, grande ó pequeña

de Nápoles, que no baje,  
con devoción ó sin ella,  
á rezar á la Madona  
que en ese altar se venera.

(Señala hacia la derecha.)

SANGRIA. Vamos, una romería  
que se dice por mi tierra;  
está comprendido. Y díme:  
hablando, si no es reserva  
de cosa distinta, dicen,  
y lo digo cual lo cuentan,  
que há pocos días salvaste  
á un mozo que de cabeza  
tiróse al mar.

PIPINO. Y no miente  
la gente que lo comenta.

SANGRIA. ¿Y quién es ese infeliz?

PIPINO. Un paisano vuestro.

SANGRIA. ¡Aprieta!

¿De dónde?

PIPINO. Si no me engaña,  
de por allá de Valencia.

SANGRIA. ¿Y por qué hizo tal locura?

PIPINO. Eso corre de su cuenta;  
pues ni él lo ha dicho, ni yo  
me meto en camisa ajena,  
ni sé si aquel arrebato  
fué cuestión de hombres ó de hembras.  
Ví que se arrojaba al mar,  
y como estaba allí cerca,  
me eché tras él, y logré  
recogerle.

SANGRIA. ¡Buena pesca!

PIPINO. Desde entonces, en mi casa  
tiene lecho y mesa puesta;  
y está á mi lado tranquilo,  
y de mi acción no me pesa.

SANGRIA. Tú sabrás como se llama...

PIPINO. No he intentado siquiera  
preguntarlo, por si hacerlo,  
podía ser imprudencia;  
sólo sé que es casi un niño,

y que por más que padezca  
desdichas, es decididor  
y algo alegre, por más señas.

SANGRIA. ¿Y en qué se ocupa?

PIPINO. En la cosa  
más extraña que pudiérais  
figuráros: en pintar.

SANGRIA. ¿En pintar?

PIPINO. Todas las puertas  
de mi casa, y las paredes,  
y los bancos, y las mesas,  
están llenos de figuras.

En cuanto viene, se sienta,  
y á pintar; algunas veces  
coge de la chimenea  
un tizón, y figurón  
en lo primero que encuentra.

En el tiempo que le tengo  
conmigo, hasta la bodega  
me ha llenado de figuras.

Y lo mejor de esta treta,  
es que, desde hace unos días,  
siempre pinta una cabeza.

SANGRIA. ¿Una cabeza? La suya  
debe de andar descompuesta,  
no lo dudes; ese es mal  
que abunda por nuestra tierra.  
Mas, ¿por qué, si es que acosado  
por mala suerte se encuentra,  
no implora la protección  
del Virey ó la Vircina?

PIPINO. ¡Bah, bah! Para uno que pide,  
seor Sargento, hay cien que niegan.  
Además, es orgulloso.

SANGRIA. ¿Orgulloso? Mala prenda  
de adorno para un vestido  
cosido por la pobreza.

En cuanto yo le conozca,  
y le hable una vez siquiera,  
le alisto en mi compañía  
y le hago jurar banderas.

PIPINO. (Después de mirar por la izquierda.)

¿En cuanto le conozcáis?  
Pues bien pronto se presenta  
la ocasión; ahí le tenéis.

SANGRIA. (Mirando á donde le indica Pipino.)  
¿Cómo! ¿Es ese que se acerca  
tan de prisa?

PIPINO. En cuerpo y alma.

SANGRIA. Pues algo que no son penas  
se debe traer, por lo listo  
y contento que se muestra.  
(Aparece Ribera por la izquierda con cierta precipi-  
tación y aspecto risueño. Se dirige con gran desen-  
voltura á Pipino y á Sangría, según se indica.)

## ESCENA IV

### DICHOS y RIBERA

RIBERA. Pipino, dame un abrazo. (Le abraza.)

PIPINO. ¿Un abrazo? (Le abraza también.)

RIBERA. O los que quieras.

Y vos, estrechad mi mano;  
(Alargando una mano á Sangría.)  
que aunque es esta la primera  
vez que os veo, en vuestro traje,  
para honra vuestra, se ostentan  
los gloriosos distintivos  
de los tercios de mi tierra.

SANGRIA. (Estrechándole la mano.)  
Choca fuerte. ¿Eres de España?

RIBERA. Y de Játiva, en Valencia.  
En la tierra donde el sol  
brilla siempre con más fuerza,  
y donde Dios dejó copia  
del paraiso en la tierra.

PIPINO. Oye, ¿y se puede saber  
á qué vienen todas esas  
alegrías?

RIBERA. Díme. ¿Es cierto  
que hoy en Nápoles, no queda  
persona grande ni chica  
que á ese santuario no venga?

PIPINO. Como que es la romería  
más famosa de esta tierra.

RIBERA. Pues abrázame otra vez,  
que hoy de fijo voy á verla.

PIPINO. } ¡A verla! (Con extrañeza.)  
SANGRIA }

RIBERA. Pipino, he sido  
algo ingrato en mis reservas  
contigo; pero perdona,  
que yo te prometo enmienda,  
y sabe, por fin, que estoy  
loco, enamorado.

SANGRIA. ¡Aprieta!

RIBERA. ¡Más que mujer, es un ángel!

SANGRIA. (¡Ay, ay, ay, qué mal empieza!)

PIPINO. ¿Y dónde has dado con ese  
ideal?

RIBERA. ¿Dónde? En la iglesia.

SANGRIA. ¡Buen sitio!

RIBERA. ¡Oid un instante,  
y sabréis de qué manera!

---

## MUSICA

RIBERA. Una mañana, después de aquella  
en que hondo asilo negóme el mar,  
fúme yo á un templo, para pedirle  
á la Madona, gracia y piedad.  
De pronto, giro la vista en torno,  
y arrodillada detrás de mí,  
veo una joven, y mi alma duda  
si es sér humano ó un querubín.  
Mi sér se inunda con su belleza,  
late con fuerza mi corazón;  
y al contemplarla, comprendo el cielo,  
y me imagino cerca de Dios.

---

SANGRIA. Menos mal si solamente  
tal idea te asaltó.

---

RIBERA. Yo desde entonces todos los días  
al toque lento de la oración,  
con paso presto me dirigía  
hacia el sagrado templo de Dios.  
Y allí forjando mil ilusiones,  
el alma ansiosa de amor y fe,  
soñaba un cielo, donde mi amada,  
era el supremo divino sér.

SANGRIA } Ese portento,  
PIPINO. } dínos quién es.  
RIBERA. } ¡Empeño vano,  
pues no lo sé!

SANGRIA } ¿Nunca la hablaste  
PIPINO. } de tu pasión?  
RIBERA. } Nunca á su oído  
llegó mi voz.

SANGRIA } Tímido fuiste,  
PIPINO. } ¡voto á Caifás!  
RIBERA. } Y ya mi anhelo  
vano será.

SANGRIA } Para quien ama  
PIPINO. } con tanta fe,  
no hay imposibles  
que hagan ceder.

RIBERA. Suerte siniestra  
me arrebató,  
la dicha aquella  
sin compasión.  
Ya en vano al templo  
buscando voy,  
el cielo amante  
de mi ilusión.  
Todo se encuentra  
mudo á su voz,  
y mi ángel bello  
por siempre huyó.

SANGRIA } El pobre mozo desventurado  
PIPINO. } mira perdido su dulce amor,  
y no comprende, que en estos lances,  
es como puede salir mejor.

## HABLADO

- PIPINO. ¿Y nunca la has vuelto á ver?
- RIBERA. Nunca, por más que á la iglesia he ido buscando ansioso sus desvanecidas huellas. Por eso, mi buen Pipino, al saber que hoy es la fiesta de ese santuario, y que Nápoles por venir á él se despuebla, siento en mi alma renacer esperanzas casi muertas, y voz secreta me dice, Pipino, que voy á verla.
- SANGRIA. ¿Y dices que no la hablaste?...
- RIBERA. ¡Jamás!
- PIPINO. ¿Ni sabes siquiera su nombre, ni dónde vive?
- RIBERA. Tan sólo sé que es muy bella, y que todas las mañanas la acompañaba una dueña.
- SANGRIA. ¿Dueña dijiste?... Empezáras por esa grave advertencia, y te evitáras presumo quebraderos de cabeza.
- RIBERA. No lo comprendo.
- SANGRIA. Rapaz,  
(Con expresión de superioridad.)  
la dueña, al fin, se dió cuenta de tu actitud, vió tu porte y... te extendió la boleta.
- RIBERA. (Algo herido.) Quien en cuestiones de amor de tal modo siente y piensa, no debe, señor Sargento, pretender abrir escuela.
- SANGRIA. Por ser compatriota mío, nacido en la misma tierra, te doy de balde, y no es poco, lo que dióme la experiencia.
- RIBERA. ¿Habéis amado quizás, alguna vez?



con la malhadada empresa.

RIBERA. Avante iré.

SANGRIA. Yo te ayudo.

PIPINO. }  
RIBERA. } ¿Eh?

SANGRIA. Si hoy á la moza te encuentras,  
avísame al punto, y yo  
daré cuenta de la dueña.

RIBERA. (Con viveza) ¡Juradlo!

SANGRIA. ¿Qué es lo que dices?

No se jura en nuestra tierra;  
se da la palabra y sobra.

RIBERA. Pues acepto la promesa.

PIPINO. (Mirando por la izquierda.)  
Ya empieza á subir la gente  
por el pie de la alameda.

RIBERA. (Mirando por el fondo de la izquierda.)  
¡Quietos!

SANGRIA }  
PIPINO. } ¿Eh?

RIBERA. Por este lado  
se detiene una litera...  
Y bajan... ¡ah!... no me engaño...  
¡Es ella!

SANGRIA. ¿Viene la dueña?

PIPINO. ¡Las dos!

RIBERA. ¡Y aquí se dirigen!...

SANGRIA. Pues, muchachos, ojo alerta;  
y lo primero, ocultémonos,  
para que vernos no puedan. (Entran en la casa.)

## ESCENA V

ANGELINA y MARIETA, por el foro izquierda.

MARIETA. Por un sitio retirado,  
la vista fija en el suelo,  
subiremos á la ermita;  
haréis allí vuestros rezos,  
y sin descansar un punto  
á casa nos volveremos.

Ya sabéis que vuestro padre  
y el señor Conde, que dentro  
de pocos días será  
vuestro esposo, tienen miedo  
de que vuestra mente asalten  
mundanales pensamientos,  
sobre todo, desde que  
supieron que aquel mancebo  
os acechaba en la iglesia.

ANG. ¿Y qué mal había en ello?

MARIETA. ¡Ah, mucho! Vos no sabéis  
lo que es el mundo protervo,  
y el daño que hacen los hombres  
astutos y lisonjeros;  
hay que estar constantemente  
prevenida en contra de ellos;  
y cuando hablan de su amor,  
estar rezando en silencio  
y con fervor, verbigracia:  
—«Hija mía...»—*Padre nuestro.*  
—«A tu lado me figuro  
mi bien...»

—*Que estés en los cielos.*

—«¡Te adoro!»

—*Santificado*

*sea el tu nombre.*

—«¡Te ofrezco

mi sér, mi vida, mi todo!...»

—Pues *vénganos el tu reino.*

—«Serás mía, aunque se oponga  
todo el poder del infierno.»

—*Hágase tu voluntad  
en la tierra y en el cielo.*

Y de este modo se espantan  
los pensamientos malévolos.

Es el sistema que yo

seguí... y aun estoy siguiendo.

Conque vamos hacia arriba,

que se va pasando el tiempo.

(Van á dirigirse á la derecha, cuando se abre la  
puerta de la casa de Pipino y aparece Sangría cor-  
tándolas el paso.)

## ESCENA VI

DICHAS y SANGRÍA; luego RIBERA

SANGRIA. (Con mucho desenfado.)

¡Bendita sea la sal  
de ese cuerpo sandunguero,  
y esos ojillos de gloria,  
y esa boquita de cielo!

MARIETA. (Asustada, y obligando á Angelina á que se vuelva de espaldas.)

Niña, no volváis la cara,  
y empezad el *Padre nuestro*.  
¡Qué escándalo!

SANGRIA. (A Marieta.) ¡Si es á tí,  
mi dueña, á quien yo requiebro!  
¡Si es que estoy loco de ver  
que al fin, tras de tanto tiempo,  
puede mi pecho ensancharse!...

(Transición en Marieta, que se siente halagada, y expresa su satisfacción de una manera muy cómica, sin descender á ridícula.)

MARIETA. (¡Es muy gallardo el mancebo!)  
Pero vos... ¿me conocéis?

SANGRIA. ¿Eso dices, y te llevo  
grabada en lo más oculto  
de mi sér años enteros?

ANG. ¡Marieta! (Con impaciencia.)

MARIETA. ¡Niña, esperad,  
que todavía tenemos  
tiempo. ¡Qué galante sois! (A Sangría.)

(Marieta ha ido aproximándose á Sangría, que la lleva al extremo derecha del escenario, dejando sola á Angelina, que está asombrada.)

SANGRIA. Mírame...

MARIETA. No sé si debo...

(Marieta baja la vista con cómico rubor. Sangría hace señas á Ribera, que ha aparecido en la puerta de la casa, para que se dirija á Angelina.)

SANGRIA. ¡Si persistes en bajar  
así los ojos al suelo,

me obligarás á postrarme,  
para poder verme en ellos! (Se arrodilla.)

MARIETA. ¡Ah! Expresáis de tal manera  
vuestro amor, puro y sincero,  
que difícilmente se halla  
de resistiros el medio.

(Ribera se ha acercado á Angelina.)

RIBERA. Escuchadme...

ANG. ¡Cielo santo!...

(¡Es él!... ¿Qué es esto?)

RIBERA. Un momento.

ANG. ¿Qué intentáis?...

RIBERA. Quiero deciros

que os amo.

(Sangría, abrazando á Marieta, se ha interpuesto entre el grupo de Angelina y Ribera, y la dueña, siguiendo todos los movimientos de ésta para que no pueda verlos. No obstante, la dueña consigue verlos.)

MARIETA. ¿Qué es lo que veo?

SANGRIA. ¿Qué has de ver? Pues que el amor  
invade todos los pechos,  
y que debemos guardar  
el onceno mandamiento.

---

## MUSICA

RIBERA. (A Angelina, en el extremo izquierda.)

¡Angel divino!

ANG. (¡Qué situación!)

SANGRIA. (A la dueña, en el extremo derecha.)

¡Dueña querida!...

MARIETA. (Con expresión cómica, pero sin descender á ridícula.)

(¡Ay qué rubor!)

RIBERA. Más que á las flores, ama el rocío;  
más que las aves, aman al sol;  
más que todo eso, dulce bien mío,  
más que todo eso, te adoro yo.

ANG. Desde el instante que con la mía  
vuestra mirada cruzar miré,  
de vago anhelo y honda alegría  
sentí en el alma, yo no sé qué.

SANGRIA. (El mozo, por lo visto,  
se está explicando más  
que yo con esta dueña,  
que lleve Satanás.)

RIBERA. ¡Sois mi cielo!

ANG. (¡Virgen mía!)

RIBERA. ¡Mi consuelo!

ANG. (¡Qué agonía!)

RIBERA. ¡Enloquezco de ventura  
al mirarme junto á vos!

ANG. (¡En el pecho al escucharle  
se me salta el corazón!)

MARIETA. ¡Embustero!

SANGRIA. ¡Sandunguera!

MARIETA. ¡Lisonjero!

SANGRIA. ¡Retrechera!

MARIETA. Sois el diablo disfrazado;  
sois el mismo Barrabás.

SANGRIA. De tizón en el infierno,  
deberías tú de estar.

RIBERA. Dí si tu pecho amante  
siente por mí,  
el amor anhelante  
que yo por tí.

Díme, mi dulce dueño,  
si arrullador,  
alguna vez tu sueño  
turbó el amor.

ANG. Doquier que me dirijo,  
conmigo va,  
un pensamiento fijo,  
que en mi alma está.  
Y en mi triste desvelo,  
siento el fulgor,  
de un ignorado cielo  
de santo amor.

MARIETA. ¡Mi dulce dueño!

SANGRIA. ¡Mi dulce bien!

MARIETA. ¡Ay qué pareja  
vamos á hacer!  
SANGRIA. (¡Mi bruja vieja  
de Lucifer!)

RIBERA. { Libres, bien mío, de inquieto afán,  
brille la aurora de nuestro bien;  
ANG. { nuestros deseos se cumplirán,  
y la existencia será un edén.

MARIETA. Gracias al cielo, que al fin pesqué,  
quien á mis gracias rendido está.  
Yo le aseguro, pues le atrapé,  
que de mis redes no escapará.

SANGRIA. Brava conquista me procuré;  
de mis alientos pocos habrá;  
la vieja verde, la farsa cree,  
y hecha un almíbar la bruja está.

## ESCENA VII

DICHOS; EL CONDE, por el foro izquierda.

### HABLADO

CONDE. (Con mucha afectación.)  
¡Oh, deliciosa sorpresa!  
ANG. (Retirándose súbitamente de Ribera.)  
(¡Gran Dios!)  
MARIETA. (Aterrada.) ¡El Conde! ¡Me muero!  
¡Qué vergüenza!... ¡sostenedme!  
(Cae como desmayada en los brazos de Sangría.)  
SANGRIA. (¡Nos lucimos!)  
RIBERA. (Con recelo.) (¿Qué será esto?)  
SANGRIA. (Sosteniendo á la dueña y dándola aire con el som-  
brero.)  
¡Si se llamará ésta *Olvido*,  
para que de este momento  
conserva yo, mientras viva,  
un perdurable *recuerdo*!

CONDE. (Adelantándose hacia Angelina, con la misma afectación que antes.)

Muy poco de vuestro padre,  
que está postrado en el lecho,  
os sobrecoge la idea,  
y menos, á lo que veo,  
la honra que os he dispensado  
mis timbres al ofrecerlos.

ANG. (Con un movimiento que reprime en seguida.)  
¡Señor Conde...!

CONDE. Vuestro padre,  
sabr  de aqueste suceso,  
la historia pronto.

MARIETA. ¡Ay de mí!

¡Más aire, señor Sargento!

CONDE. Recobrad vuestra litera,  
y   vuestra casa volv os  
con esa dueña, de oficios  
dignos del más alto premio.

MARIETA. ¡Ay!

SANGRIA.  Qu  te pasa, bien mío?

ANG. (Con altivez.)

Señor Conde, por respetos  
que no entend is, me retiro,  
mas no por obedeceros;  
esto lo sabéis muy bien.

¡Marieta! (Llamando.)

(Sale Angelina; Marieta se dispone   seguirla.)

MARIETA. Señor Sargento,  
me figuro que   la noche  
será libre y podrá veros.

SANGRIA.  S , eh?

MARIETA.  D nde me esper is?  
Dec dmelo...

SANGRIA.  En el infierno!

(Sale la dueña corriendo detrás de Angelina.)

## ESCENA VIII

RIBERA, SANGRÍA y EL CONDE; PIPINO, que ha aparecido en la puerta.

CONDE. (A Ribera.)  
Sois muy joven, y os disculpo;  
es favor que puedo haceros;  
mas juzgo de mí advertiros,  
que si á ella, en vuestros sueños  
llegar osásteis, es bien  
que abandonéis vuestro empeño,  
pues en perentorio plazo  
ingresará en un convento.  
Mucho erguísteis la cabeza  
á juzgar por vuestro aspecto,  
más sois joven, y os disculpo:  
es favor que puedo haceros. (Vase.)

## ESCENA IX

DICHOS menos EL CONDE

(Ribera, durante todo lo anterior, ha estado sin darse cuenta de lo que ocurría. Al marcharse el Conde hace un movimiento como volviendo en sí.)

RIBERA. ¡Vive Cristo!

PIPINO. ¡Buen sermón!

RIBERA. ¡Me ha humillado!

PIPINO. ¡Ya lo veo!

SANGRIA. No importa. ¿Sabes ya, quién es ella, y dónde podemos verla?...

RIBERA. No.

SANGRIA. ¿Qué dices?

RIBERA. Nada,

decidme que soy un necio,  
tenéis razón; la hablé sólo  
de mi amor, sin hacer mérito  
de lo que más me podía  
importar, y ahora la veo

más para mi afán perdida.

¡Más imposible!

SANGRIA.

¡Y para eso

cargué con la dueña aquella  
á quien confunda el infierno?  
Rapaz, no eres de mi tierra.

RIBERA.

(Pensativo y como hablando consigo mismo.)

¡Ah!... ¡Que á juzgar por mi aspecto  
erguí mucho la cabeza!...

Que en mi humildad no merezco  
honra tan alta...

(Con arranque.)

Pipino,  
dame pinceles y lienzos;  
yo haré que estalle la fiebre  
que está en mi cerebro ardiendo,  
y aunque en la más honda sima  
la oculten, y aunque el misterio  
más insondable la cerque,  
el resplandor de mi genio  
me iluminará el camino  
que me lleve á ella derecho.

SANGRIA.

¡Bravo!

RIBERA.

¡Vamos!

PIPINO.

(Señalando al foro por donde empiezan á aparecer  
Mozos y Mozas. Empieza la orquesta.)

Ya la gente  
comienza á alegrarse.

RIBERA.

Adentro,

y esta misma tarde á Nápoles,  
y que me proteja el cielo.

(Entran en la casa. Atraviesan la escena de izquierda  
á derecha una porción de parejas con ramos de flores.)

## CORO

Ea { muchachos,  
      { muchachas,  
vamos allá;  
la romería  
va á comenzar.

Cada cual con su { novio  
                          { novia

suba á la ermita,  
y á la santa Madona  
gracia le pida.  
Y después á la playa  
sin dilación,  
que hoy es día de fiesta.  
¡Viva el amor!

(Fin del cuadro primero. Preludio en la orquesta para  
dar tiempo á la mutación.)

## CUADRO SEGUNDO

---

Salón lleno de cuadros y caballetes. A la izquierda, un caballete con lienzo en blanco. Puerta al foro y laterales.

### ESCENA X

EL CONDE y PIETRO, por la derecha.

CONDE. ¿Insistís en vuestro empeño?

PIETRO. No me queda otro camino,  
señor Conde, bien patente,  
por desgracia, lo habéis visto.  
No sirven las reflexiones;  
su pensamiento, está fijo  
en ese amor insensato,  
y antes que darlo al olvido,  
juzga mejor de un convento  
el apacible retiro.

CONDE. ¿Y vos?

PIETRO. Yo... yo soy el padre  
más infeliz que se ha visto;  
confié, al prestar mi apoyo  
á vuestros nobles designios,  
en que Angelina, al trataros,  
os tomaría el cariño  
que deben tenerse dos  
que van á vivir unidos;  
y ya sabéis, señor Conde,  
cómo, aunque cueste el decirlo,  
se ha tornado en ilusión  
este pensamiento mío.

CONDE. ¿De manera que accedéis

á los caprichos ridículos  
de vuestra hija?

PIETRO. Lejos de ello,  
señor Conde, me imagino  
que la castigo severo;  
á su dilema me ciño:  
y pues dice que á casarse  
con vos, prefiere el retiro  
de un convento, á Carmelitas  
la llevo mañana mismo.  
Esto es todo.

CONDE. No os mostráis  
muy generoso conmigo.  
Me olvidé, al fijarme en ella,  
de mis blasones y títulos,  
(Movimiento en Pietro.)  
y hasta la necia aventura  
de que fuí casual testigo  
en la romería aquella,  
hubiera dado al olvido  
de buen grado; desdeñáis  
mi pretensión, y no insisto.  
Mas al separarnos, juzgo  
de mi deber advertiros,  
que los intereses vuestros  
doy de igual modo al olvido.

PIETRO. No sé... (Sin entender bien.)

CONDE. Vuestra galería,  
con sus cuadros, han provisto  
los pintores de más fama,  
gracias á mi decisivo  
apoyo.

PIETRO. Nunca he negado  
favor tan inmerecido.

CONDE. (Sacando un papel.)  
Pues leed: en este papel  
me autorizan esos ínclitos  
pintores, á retirar  
sus cuadros de aquí.

PIETRO. (Confundido.) (¡Dios mío!)

CONDE. ¿Qué es lo que ahora decís?

PIETRO. (Con amargura.)

Que esa acción, que por lo visto  
teníais ya preparada  
con un cuidado exquisito,  
Conde, os abona bien poco,  
pero que á ella me resigno.  
¡Mi galería tendré  
que cerrar acaso hoy mismo,  
y me faltarán los medios  
de existencia más precisos;  
pero todo lo prefiero,  
y con todo ello transijo,  
primero que hacer de mi hija  
premio de vuestros servicios!

CONDE. Os pongo de plazo un día;  
pensadlo bien.

PIETRO. No es preciso.  
Desde este instante podéis  
comenzar el escrutinio  
de esos cuadros, y llevároslos.

CONDE. Como gustéis.

PIETRO. Os suplico  
un favor: y es que Angelina  
no sepa nunca el motivo  
de por qué á cerrar mi casa  
voy á verme reducido,  
y de por qué la pobreza  
va á invadir pronto este asilo;  
vamos, y que Dios os premie  
lo que habéis hecho conmigo.  
(Vanse por la izquierda.)

## ESCENA XI

RIBERA, SANGRÍA y PIPINO, por el foro. Ribera entra  
con unos lienzos debajo del brazo, y en su aspecto se advierte  
desaliento y cansancio.

SANGRIA. Llegamos por fin.

PIPINO. Llegamos.

RIBERA. ¡La última prueba!

SANGRIA. ¿Qué miro?

¿Tienes miedo?

- RIBERA. Miedo, no,  
buen Sargento; pero han sido  
tantos ya los desengaños,  
que de todo desconfío.
- SANGRIA. ¡Voto á Cribas! La verdad  
es que cuantos hemos visto,  
deben entender de cuadros  
lo mismo que yo de obispos.  
Ganas me dieron ayer,  
cuando aquel viejo maldito  
nos recibió de aquel modo,  
de romperle hasta el bautismo.
- PIPINO. Además, como te ven  
que pareces casi un niño...
- RIBERA. ¿Y desde cuándo á la edad  
el genio se ha sometido?  
Es el calvario del arte,  
ya lo estáis viendo, desvíos  
por todas partes, y envidias,  
y emboscadas, y egoísmos.  
Y luego, si alguna vez  
se impone el genio, á su brillo,  
adulaciones, y ofertas,  
y halagos, y servilismos.
- SANGRIA. Pues cuando llegue ese día,  
rapaz, estacazo limpio.  
En fin, ya poco nos falta  
para darnos por convictos  
y confesos. Este es el  
almacén que en un principio  
no quisiste visitar,  
yo no sé por qué motivos;  
y si he de decir verdad,  
encuentro esto tan distinto  
de otras partes, que no sé  
por qué razones, confío.
- RIBERA. No quise venir aquí,  
porque, según lo que oímos,  
á esta galería mandan  
sus cuadros los más conspicuos  
pintores de toda Italia,  
y temía, como sigo

- temiendo, que de irrisión  
y burla sea motivo  
el que mezclarse con ellos  
pretenda un desconocido.
- SANGRIA. ¡Voto á cincuenta! ¡Reniego  
de verte tan abatido!
- RIBERA. No lo niego; mi entusiasmo  
se apaga ya al soplo frío  
de la fría realidad.  
Si aquí tampoco consigo  
dar cima á mis esperanzas,  
como estoy temiendo, hoy mismo  
de España el camino emprendo,  
mendigando si es preciso;  
y si en esperanzas pobre,  
en desencantos muy rico.
- SANGRIA. ¿Tú dejarnos? Ni por pienso.
- PIPINO. ¿Y tu amor?
- RIBERA. Aunque perdido,  
vivirá inmortal en mí,  
si es inmortal el espíritu.
- PIPINO. (Mirando por la izquierda.)  
¡Chitón, que aquí vienen!
- SANGRIA. (A Ribera.) ¡Animo,  
y no temblar lo más mínimo!

## ESCENA XII

DICHOS; EL CONDE y PIETRO, por la izquierda.  
Ribera, Sangría y Pipino quedan sorprendidos al reconocer al  
Conde, y éste lo mismo al reconocerlos á ellos.

- PIETRO. ¡Señores!...
- RIBERA. (Por el Conde.) (¿Qué es lo que veo?  
¿Este hombre aquí?)
- CONDE. (Por Ribera y Sangría.) (¡Son los dos  
del lance aquel!)
- SANGRIA. (¡Vive Dios!  
¡Se pone el asunto feo!)
- PIETRO. ¿Qué deseábais?...
- SANGRIA. (A Ribera, por lo bajo.)  
(¡Adelante!)

PIPINO. (Idem.) (¡No vaciles!)

PIETRO. Sin temor  
podéis exponer...

RIBERA. (Indeciso.) ¡Señor!...

(Con decisión.)

(¡Voy allá!) Oid un instante.

Soñando con la pintura,  
lleno de entusiasmo y fe,  
casa y patria abandoné,  
en pos de gloria y ventura.  
De mi fiebre en la locura,  
con mi cuerpo en Roma dí;  
de lo que en Roma sufrí,  
siempre en batalla violenta  
con la adversidad, la cuenta  
señor, há tiempo perdí.  
Roma al fin abandoné,  
y de Diciembre una tarde,  
maltrecho, hambriento y cobarde,  
en Nápoles penetré.

Negra aquí mi estrella fué;  
tanto que, para acabar,  
arrojéme un día al mar,  
de calma y sosiego en pos;

(Movimiento en Pietro.)

éste me salvó, (Por Pipino.)  
que Dios

se lo llegue á perdonar.

Al lado suyo he vivido;  
en su hogar me he cobijado;  
con su pan me he alimentado;  
bajo su techo he dormido.

Hace días que, impelido  
por una esperanza incierta,  
yendo voy de puerta en puerta  
con insistencia prolija,  
y ni nadie en mí se fija,  
ni nadie á entenderme acierta.

Así llego á vos, señor;  
en esta batalla ruda,  
mi mente invade la duda,  
y mi espíritu el temor.

Joven soy; más el error  
de los demás desechad,  
y no me exijáis edad  
para aspirar á la gloria.  
Y ahora que sabéis mi historia  
señor, mis obras mirad.

(Va á desenvolver los lienzos. Pietro le detiene.  
Sorpresa en Ribera, Sangría y Pipino.)

PIETRO. ¡Tenéos!

RIBERA. }

SANGRIA }

PIPINO. }

¿Eh?

PIETRO. Por quien soy,  
mucho me duele, á fe mía;  
pero ya esta galería  
queda cerrada desde hoy.

RIBERA. (Con desaliento.) ¡Ah!

SANGRIA. (Contrariado.) ¡Voto á cien!

PIETRO. Si es que borro

así vuestras ilusiones,  
por ello os pido perdones.

CONDE. (Con desdén.) Yo le mandaré un socorro.  
Ídos. (A Ribera.)

RIBERA. ¿Qué?

SANGRIA. ¡Por Cristo vivo!

RIBERA. Podrá quien quiera negarme  
su apoyo, pero humillarme,  
¡vive Dios! se lo prohibo.  
Además, entre los dos,  
ya bien sabéis, á fe mia,  
que de cualquiera podría  
mendigar, menos de vos.

CONDE. (Con altanería.) ¡Joven!

RIBERA. Y por si creéis  
que estos lienzos fueron lazos  
para intentarlo, á pedazos  
los desgarró como veis.

(Hace pedazos los lienzos y los arroja al suelo. Sor-  
presa en Pietro y el Conde.)

SANGRIA. (Dando un abrazo á Ribera.)

¡Bien!

PIETRO. ¿Qué habéis hecho?

- RIBERA. ¡Adelante!  
Esto acabó. Vámonos.  
(A Sangría y á Pipino, disponiéndose á irse.)
- SANGRIA. (Por el Conde.)  
¡La ha de pagar, vive Dios!
- PIETRO. Joven, tened un instante. (Se detienen.)  
Vuestra altivez me interesa,  
y pues habéis destruído  
vuestras pinturas, os pido  
una prueba en vuestra empresa.  
¿Accedéis al cabo?
- RIBERA. Sí.  
Más entended que si accedo,  
sólo es porque tengo miedo  
de que alguien dude de mí.
- SANGRIA. (A Ribera.) No temas ningún fracaso.
- PIETRO. Pintad algo; aquí tenéis  
un lienzo, y cuanto podéis  
necesitar para el caso.  
(Le señala el lienzo en blanco, y le presenta una  
paleta y pinceles.)  
Todos ansiosos están  
de admirar vuestra destreza.
- RIBERA. (Con resolución.) Bien, ¿qué pinto?
- PIETRO. Una cabeza.
- RIBERA. (Cogiendo la paleta y pinceles.)  
¡La de un ángel!
- SANGRIA. ¡Ya verán!  
(Ribera se sienta delante del caballete y empieza á  
pintar. El Conde va llamando al Coro como indica  
la música, con ademán de burla.)  
(El autor recomienda al Director de escena que  
cuidе mucho la salida del Coro y su movimiento,  
con arreglo á lo que dice la letra del número que  
sigue.)
-

ESCENA XIII  
DICHOS y CABALLEROS

MÚSICA

CONDE. ¡Chist... venid!  
¡Chist... llegad!  
CABS. ¿Qué nos queréis?  
CONDE. ¡Chist... escuchad!

—  
Un rival de Miguel Angel...

CABS. ¿Dónde está?  
CONDE. Vedle allí, pintando se halla.

CABS. ¡Já, já, já! (Riendo.)

SANGRIA. (Observando al Conde y á los Caballeros.)

Me parece que se burlan,  
¡voto á San!...

Y de todos ni la sombra  
va á quedar.

—  
CORO. ¡Chist... oid!...  
¡Chist... callad!...  
¿Qué es lo que dice?  
¡Chist... escuchad!

—  
RIBERA. (Pintando y cantando, muy abstraído.)

Su imágen flota  
sobre mi frente  
como una dulce  
brisa de Abril;  
y sin pensarlo,  
mi mano ardiente  
traza la línea  
de su perfil.

(Se levanta y presenta el cuadro. Todos quedan asombrados.)

PIETRO. ¡Ah! ¿qué miro? ¿no es un sueño?...

CORO. ¡Extraña casualidad!

CONDE. ¡De Angelina es el retrato!

SANGRIA }  
PIPINO. } ¡Ya á pintado á su ideal!

CORO. Magnífica pintura,  
sublime creación,  
dudar de vuestro genio  
sería un gran error.

PIETRO. Mi casa y cuanto tengo  
es vuestro ya desde hoy,  
pero esto os lo concedo  
con una condición.

TODOS. ¡Con una condición!

PIETRO. Tengo una hija,  
pura, hechicera,  
como una rosa  
de primavera.

Y yo, que siempre anhelo  
su bien mayor,  
al par que cuanto tengo  
su mano os doy.

RIBERA. ¡Nunca!

TODOS. ¿Qué dice?

RIBERA. No puedo, por Dios.  
Adoro ciego  
á una mujer;  
la ví en un templo,  
no sé quién es.  
Con ella mi alma  
soñando está,  
y á nadie nunca  
podré ya amar.

(Pietro, que se ha retirado á la puerta de la derecha,  
segundo término, aparece con Angelina.)

## ESCENA ÚLTIMA

### DICHOS y ANGELINA

PIETRO. (A Ribera.) ¡Miradla!

RIBERA. ¡Cielos!

ANG. ¡Ah!

RIBERA. y ANGELINA (Uno á otro.)

Si es esto sólo un sueño,

si es sólo una ilusión,  
que nunca nos despierte,  
por mí pídele á Dios.

CONDE. Quería separarlos,  
y á unirlos vengo yo;  
la prueba de mi acierto  
no puede ser mayor.

PIETRO. Los dos eran esclavos  
de un inocente amor,  
y Dios, que los protege,  
sus súplicas oyó.

SANGRIA } Al fin ve realizados  
PIPINO. } sus sueños y su amor.  
¡Pardiez, que ser no puede  
mejor la conclusión!

CORO. Según lo que parece,  
se amaban ya los dos;  
bienhaya la fortuna  
del célebre pintor.

## HABLADO

PIETRO. (Juntando las manos de Angelina y Ribera.)  
Fuera un crimen separaros,  
que bien os ha unido el cielo.  
Señor Conde, lo deploro,  
mas ya mi casa no cierro;  
como podéis presumir,  
que con él sobrado tengo. (Por Ribera.)

SANGRIA. ¡Voto á cien! ¡Venga un abrazo!  
(Abraza á Ribera.)  
¡Y otro á vos, valiente viejo!  
(Abraza á Pietro.)

PIETRO. (A Ribera.) ¿Os llamáis...?

RIBERA. José Ribera.

PIETRO. ¿Sois...?

SANGRIA. (Con voz fuerte.) Español.

PIETRO. Pues yo quiero  
daros un nombre de gloria  
y confirmaros de nuevo;  
por lo tanto, os llamaréis  
desde hoy, EL ESPAÑOLETO. (Telón.)

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

**PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA**

PROPIEDAD DE

**FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR**

---

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.